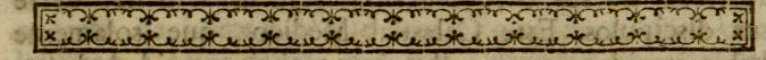


ño, vos parece que sería digna de envidia vuestra suerte. Pues este es el destino, dice San Juan Chrysostomo, de los que vivís en las delicias, y en el olvido de Dios; os pareceis á un hombre que se sueña feliz, y que después del contento de este pasagero engaño, despierta al ruido de una voz terrible, y vé con espanto que desaparece aquella fantasma de felicidad, que divertía sus sentidos adormecidos; todo se aniquila á su vista, todo desaparece á sus ojos, y se abre un abismo eterno, en donde las llamas vengadoras han de castigar por toda la eternidad el fugitivo error de un sueño agradable. Meditad estas santas verdades, Católicos. Aprended cuál es la esperanza, y quales las obligaciones de vuestra vocacion, para que despreciando las cosas perecederas nunca perdáis de vista los bienes eternos. Amén.

el mundo, el placer en este mundo no durará de él como si no se tiene, y el vivir solamente para el cuerpo, es perder el alma, y no ser discípulo de Jesu-Christo. Estas son las verdades mas sencillas y mas familiares del Evangelio, y los primeros fundamentos de la doctrina de la salvacion. Y á la verdad, en qualquiera estado de opulencia y de prosperidad que hayais nacido, como nuestro Rico, no son tan dilatados los dias de nuestra peregrinacion que, ó podais enterraros tranquilamente á los deleites, ó sacaros con las penosas obligaciones que os siguen mejor suerte. Nosotros no vivimos mas que un instante en la tierra, y á un volver de cabeza todo desaparece, y volvemos á entrar en el abismo de la eternidad; pues que impresion pueden hacer en nuestros corazones unos deleites que se han de acabar mañana, y que nada nos dejan de verdadero, sino el pesar de haberlos gozado? Si en el espacio de una vida no hubierais de gozar mas que un solo sueño agradable, y todo lo restante de la eternidad destinado á expiar con los tormentos el deleite de la vida, como se

SER.



SERMON PARA EL VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA

DE QUARESMA.

EL HIJO PRODIGO.

Peregrè profectus est in regionem longinquam, & ibi dissipavit substantiam suam vivendo luxuriosè.

Se fue á un País extraño muy distante, y allí gastó toda su hacienda en excesos, y desórdenes. *Luc. 15. v. 13.*

LA parábola del Pródigo penitente es uno de los pasages de la Escritura de mas consuelo para los pecadores, y como hoy intento manifestaros todas sus circunstancias, me parece necesario deciros desde luego, qué fue lo que dió motivo á esta parábola. Un gran número de publicanos y gente de mala vida, movidos de las palabras de gracia y de salud eterna que salian de la boca del Salvador, se habian

Tomo IV.

V

apar.

apartado de sus desordenes, y seguian al Señor entre sus discipulos. Este Celestial Médico, que solamente habia venido para aquellos que tenian necesidad de ser curados, honraba sus casas con sus visitas, sus personas con su familiaridad, y aun sus mesas con su presencia; tanta bondad no tardó mucho en escandalizar la soberbia de los Escribas y Fariseos, porque la falsa devocion siempre es cruel: de la intima conexión que Jesu-Christo tenia con los pecadores tomaron motivo para murmurar, y de este modo de proceder inferian que era semejante á ellos en las costumbres; le desacreditan con el pueblo por aquella parte que mas debia grangearle el amor y estimacion, y le hacen pasar plaza de pecador, y de hombre entregado á los regalos.

A unas calumnias formadas unicamente por la envidia, á una obstinacion tan indigna de los que eran tenidos por Pastores del rebaño, y cuyo principal cargo era ofrecer sacrificios por los pecadores, solamente responde Jesu-Christo con tres parábolas, que todas contienen un mismo sentido, y guian á una misma verdad.

Ya se presenta baxo la imagen de un Pastor, que dexa las noventa y nueve ovejas, y corre en busca de una sola que se le habia descarreado; ya baxo la figura de una muger, que parece hace poco caso de las nueve piezas de plata que la quedaban, y busca con extraordinarios cuidados é inquietudes la décima que habia perdido: ya finalmente, baxo el simbolo de un padre de familias, que habiendo perdido al mas joven de sus hijos, á quien la libertad y desórdenes de la edad habian hecho andar vagando por regiones extrangeras, lleno de gozo al verle volver, le dá unas señales de cariño que nunca habia dado á su hijo mayor, que siempre habia sido fiel. El fin de todas estas parábolas era dar á conocer á los Fariseos, que la conversion de un solo pecador causa mas

alegria en el cielo; que la perseverancia de un gran número de justos; y que los mismos desórdenes que irritaron á Dios contra nosotros, mueven su clemencia y su piedad luego que vé en nuestros corazones un sincero arrepentimiento.

Para darnos, pues, en esta parábola una idea mas viva de su bondad para con los pecadores, nos refiere Jesu-Christo por menor los excesos y desórdenes en que las pasiones y la edad habian precipitado al Pródigo. Nos le pinta atado con las cadenas de un vicio vergonzoso; y entre todos los pecados elige aquel que parece pone mayores obstáculos á su gracia, y que dexa en el alma pecadora menos esperanzas de arrepentimiento.

Para explicar, pues, hoy las intenciones del Salvador, y animar á los pecadores que me oyen á una sincera penitencia con estas imagenes tan vivas, y de tanto consuelo, de la misericordia de Dios, os explicaré en la primera parte de esta Homilía todas las circunstancias de los desórdenes del Pródigo, y en ellas vereis lo que puede la fuerza de esta infame pasion en un pecador que se dexa arrastrar de ella. En la ultima os manifestaré los cuidados del Padre de familias en favor del hijo que ha parecido, y en ellos admirareis con mucho consuelo hasta donde se estiende la bondad de Dios para con un pecador que se convierte á su Magestad.

El primer punto será el exceso de la pasion en los desórdenes del hijo Pródigo: El segundo, los excesos de la misericordia de Dios en los cuidados del Padre de familias.

Dios miol purificad mis labios, y dadme unas expresiones puras para que pueda referir los excesos de un pecador lascivo, sin ofender á la virtud cuyo amor vengo á inspirar á los que me oyen, porque aunque el mundo no conoce moderacion en este vicio, quie-

re, no obstante, que nosotros observemos mucha circunspección en el lenguaje con que le condenamos. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

EL vicio, cuyas funestas consecuencias intento hoy manifestar, vicio tan universalmente esparcido en la tierra, y que con tanto furor destruye la heredad de Jesu Christo, vicio de que limpió al mundo la religion Christiana, y que hoy ha prevalecido contra la misma religion, tiene ciertas propiedades que se advierten en la historia de los desórdenes del hijo Pródigo.

Primeramente, no hay vicio que tanto aparte de Dios al pecador: En segundo lugar, no hay vicio que despues de haberle apartado de Dios, le dexé menos arbitrio para volverse á él: En tercer lugar, no hay vicio que le haga mas despreciable, aun á la vista de los hombres. Reparad en todas estas propiedades que se hallan en la historia del pecador de nuestro Evangelio.

La primera propiedad del vicio de que hablamos es poner como un abysmo entre Dios y el alma sensual, y casi no dexar esperanza de conversion al pecador. Por eso el Pródigo de nuestro Evangelio se fue desde luego á un país muy remoto, en donde no podía haber comunicacion entre él y el Padre de familias: *Peregrè profectus est in regionem longinquam.* A la verdad, en los demás vicios parece que el pecador aun está unido á Dios, aunque con lazos débiles. Hay vicios que respetan á lo menos la santidad del cuerpo, y no fortifican sus desatregadas inclinaciones: Hay otros que no derraman tan profundas tinieblas sobre el corazon, y que á lo menos permiten que pueda hacerse algun uso de las luces del entendimiento; finalmente,

hay otros que aunque se apoderen del corazon, es de modo que no le quitan absolutamente el gusto para todo lo que pudiera volverle á Dios; pero la infame pasion de que hablo, deshonra al cuerpo, apaga la razon, hace insípidas todas las cosas del cielo, y levanta un muro de separacion entre Dios y el pecador, que parece le quita toda esperanza de poder volverse á unir con su Magestad: *Peregrè profectus est, &c.*

Y primeramente deshonra al cuerpo del Christiano, profana el Templo de Dios en nosotros, hace que los miembros de Jesu-Christo sirvan á la ignominia, mancha una carne que se sustenta con su cuerpo y con su sangre; una carne consagrada por la gracia del Bautismo, una carne que ha de recibir la inmortalidad, y ha de ser conforme á la semejanza gloriosa de Jesu-Christo resucitado, una carne que ha de descansar en el lugar santo, y cuyas cenizas esperarán al pie del Altar del cordero el dia de la revelacion, mezcladas con las cenizas de las Vírgenes, y de los Mártires, una carne mas santa que estos augustos Templos en donde descansa la gloria del Señor, mas digna de poseerse con honor y respeto, que los mismos vasos del Santuario, consagrados á los terribles Misterios que encierran. ¿Pues qué barrera no opone el oprobrio de este vicio para que Dios vuelva á habitar en nosotros? Un Dios santo, en cuya presencia se tienen por impuros aun los mismos celestiales espiritus, ¿podrá nunca apartarse suficientemente de una carne cubierta de vergüenza y de ignominia? El ser la criatura polvo y ceniza sería bastante para que la bondad de Dios padeciese en humillarse hasta ella; ¿pues qué puede prometerse el pecador, que junta á su nada y á su baxeza las ignominias de un cuerpo infamemente deshonorado? *Peregrè profectus est in regionem longinquam.*

En segundo lugar, este vicio no solamente deshonra

ra al cuerpo, sino que tambien apaga en el alma todas sus luces, y el pecador se hace incapáz de aquellas saludables reflexiones con que muchas veces se convierte una alma infiel: El Pródigo de nuestro Evangelio, ciego ya con su pasion, no vé el daño que se le sigue en apartarse de la casa paterna, ni la ingratitude de que se hace culpable para con el Padre de familias, ni los peligros á que se expone, queriendo él solo ser árbitro de su destino, ni el respeto á que falta yendose á un país extraño sin el consejo y consentimiento de aquel á quien debe la obediencia y sumision que inspira la naturaleza; y así marcha sin ver mas de lo que le permite su pasion: *Peregrè profectus est in regionem longinquam.*

Esta es la propiedad de esta desgraciada pasion: Pone sobre el entendimiento una especie de nube: Muchos hombres prudentes, sabios, é ilustrados pierden repentinamente en este asunto toda su habilidad y toda su prudencia, y en un instante se borran todos los principios de su buen proceder, se forman un nuevo modo de pensar del que destierran todas las ideas comunes: Sus pasos se gobiernan por una inclinacion impetuosa, y no por la luz y por el consejo; se olvidan de lo que deben á los demás, y de lo que se deben á sí mismos; se ciegan en orden á su fortuna, á su obligacion, á su fama, á sus intereses, y aun á aquellos respetos que tanto los detienen en otras pasiones; y al mismo tiempo que sirven de espectáculo al público, no se vén á sí mismos; se ciegan en orden á su fortuna, y Amón pierde la vida y la corona por no haber podido vencer su injusta flaqueza; se ciegan en orden á la obligacion, y la precipitada muger de Putifar no se acuerda de que Joseph es un esclavo, olvida su nacimiento, su reputacion, su vanidad, y nada vé en aquel Hebréo, mas que el objeto de su infame pasion; se obscurece su razon, y David no tie-

ne ojos para ver ni la fidelidad de Urias, ni la ingratitude de que se vá á hacer culpable para con Dios, que le habia levantado del polvo de la tierra para colocarle en el trono de Judá; luego que fue herido su corazon, se obscurecieron todas sus luces; se ciegan en orden á los peligros, y el hijo del Rey de Sicheim, sin atender á que expone la casa de su padre al justo sentimiento de los hijos de Jacob, roba á Dina, y solo cuida de contentar su pasion; se ciegan en orden al honor, y los dos viejos de Susana no atienden ni á lo venerable de su edad, ni á la gravedad de su carácter, ni al puesto que ocupan en Israel; arrastrados de su deplorable fragilidad no conocen la indecencia, ni se avergüenzan de su misma confusion; se ciegan en orden á las conversaciones del público, y Herodías no repara en tener á todo un reyno por testigo de su infamia y su flaqueza: Finalmente, se ciegan aun en orden á la indignidad del objeto que los cautiva, y Samsón, no obstante la experiencia que ya tiene de la perfidia de Dalila, no dexa de confiarla su secreto y su amor. De este modo, ¡oh Dios mio! castigais las pasiones de la carne con las tinieblas del entendimiento; vuestra luz no alumbra á las almas adúlteras y corrompidas, cuyo insensato corazon se obscurece: *Peregrè profectus est in regionem longinquam.*

Finalmente, esta deplorable pasion pone en el corazon un disgusto invencible para las cosas del cielo. Nada hay que pueda moverle: cansado de sus propias miserias quisiera algunas veces volverse á Dios, y todo le aparta de su Magestad, y le vuelve contra sí mismo: un fatal disgusto se apodera de él, y le sepulta en sus propias flaquezas; y acostumbrado á no gozar mas que unos deleytes injustos, desfallece, y no halla en sí movimiento alguno para la virtud.

Aun mas; no gusta de cosa alguna que no esté

señalada con el infame carácter de la sensualidad; las obligaciones de la sociedad, las funciones de su empleo, el honor de su dignidad, los cuidados domésticos todo le cansa, todo le es insípido menos su pasión. Balthasar no cuida del gobierno de sus pueblos, ni sabe que el enemigo que está ya á las puertas de su capital le ha de quitar al día siguiente la corona y la vida. Salomón tiene mas cuidado de edificar Templos profanos á los Dioses de las mugeres extranjeras, que de aliviar á sus pueblos oprimidos por sus profusiones con el peso de las cargas públicas. Los hijos de Helí desprecian las funciones del Sacerdocio. La muger de Babylonia, entregada á las delicias, dice en su razon: Solamente quiero dexarme adorar, y para mí no habrá cuidados ni pesares: *Sedeo Regina: & luctum non videbo.* (a) La muger de quien se habla en los proverbios, no puede sufrir el estar en el recinto de su casa; la presencia de sus propios criados la es molesta: *Nec valens in domo consistere pedibus suis.* (b) De aquí proviene el ocuparse solamente en aquellas cosas que se dirigen á fomentar el apetito; en los espectáculos profanos, en la leccion perniciososa, en las armonías lascivas, y en las pinturas obscenas. Herodes no halla gusto sino en las danzas y festines. Salomón multiplica los conciertos, y en todo su palacio resuenan cánticos de sensualidad y regocijo: Manasés pone en el mismo Templo del Señor las imagenes de sus infames deleytes. Este es el carácter de esta pasión; ocupa el corazon todo entero, y en nada le dexa pensar sino en ella; trae al hombre embriagado y fuera de sí; todos los objetos le representan sus funestas imagenes; todo aviva sus injustos de-

(a) *Apoc. 18. v. 7.*(b) *Prov. 7. v. 11.*

seos; el mundo, la soledad, la presencia, la ausencia, los objetos mas indiferentes, las ocupaciones mas serias, aun el mismo Templo, los Sagrados Altares, y los Misterios terribles se los traen á la memoria; todo es impuro, como dice el Apostol, para el que es impuro: *Peregrè profectus est in regionem longinquam.*

Pero si no hay vicio que mas aparte al alma de Dios, tampoco le hay que dexé menos recurso para volverse á su Magestad despues de haberse una vez apartado de él. Segunda propiedad de esta pasión, y segunda circunstancia de los desordenes del prodigio: *Disipó toda su hacienda en desordenes*, dice Jesu-Christo; y despues que la habia disipado sobrevino una grande hambre en aquella region: *Dissipavit substantiam suam, vivendo luxuriosè.* Disipó todos sus bienes, los de la gracia, y los de la naturaleza.

La pérdida de la gracia es el comun efecto de todo pecado que mata al alma; pero éste aun pasa mas adelante: no solo priva al pecador de aquella justicia que le hacía amigo de Dios, sino que borra los dones del Espíritu Santo hasta en su raíz. La fé, aquel fundamento de todos los dones, y basa del sér Christiano se trastorna inmediatamente en el corazon del pecador impúdico. De la disolucion á la impiedad hay muy poco camino; para sosegarse el pecador en orden á los remordimientos de una vida desarreglada se persuade facilmente que todo muere con el cuerpo; sacude inmediatamente el yugo de la creencia comun, dexandose arrastrar del apetito, y muy presto se forma máximas de libertinage: En el principio sus disoluciones provenian de flaqueza, pero luego son fundadas en la impiedad; los deleytes que se compran á costa de remordimientos cuestan caros, y el pecador quiere gozar con tranquilidad de sus delitos; busca en los libros mas monstruosos, y en las compañías mas impías, arbitrios para asegurarse contra las ideas de la educacion, é inventa nuevas impie-

dades para acabar de obstinarse; como no se propone otra felicidad mas que la de las bestias, tampoco espera otro fin despues del sepulcro, y el mismo deleyte que corrompe el corazon, corrompe muy presto hasta los primeros principios de la fé: *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriosè.*

No solamente se disipan los bienes de la gracia, sino tambien los de la naturaleza: Recibisteis de Dios una alma tan pura, un natural tan modesto y vergonzoso, un pundonor tan noble y delicado, que parece que el cielo se habia complacido en formaros para la virtud, y en poner en vosotros mil inclinaciones y mil lazos con que uniros á la obligacion; y una injusta pasion ha forzado las felices barreras que la misma naturaleza oponia á vuestros desordenes; aquel pudor que os dió vuestro nacimiento, ya no es mas que una indigna flaqueza, incapáz de detenerse con freno alguno; y todo el fruto que habeis sacado de ella se reduce á cometer mas excesos, y no guardar tantas precauciones como otros luego que se rompió ese primer dique: *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriosè.*

Los bienes de la naturaleza; erais de un natural afable, tranquilo, familiar; estabais dotados de un corazon sencillo y sincero; de un candor de alma, de un genio pacífico; en el que se hallaban mil disposiciones favorables á la sinceridad christiana, y á la paz; de una conciencia pura, pero despues que esta infame pasion corrompió vuestro corazon, despues que entró en vuestra alma este fuego impuro; ya nadie os conoce, sois semejantes, dice San Judas, á un mar agitado con las mas violentas olas, os habeis vuelto melancolicos, impertinentes, inquietos y disimulados; se apagó aquella serenidad que provénia de la inocencia, aquella tranquilidad que nacia de la calma de las pasiones, y ya no hay mas que un caos inagotable de impertinencias y ridiculeces; aquel candor que manifestaba vuestra alma como era en sí, ya no

deja ver mas que pensamientos infames y disimulados; habeis perdido todo lo que os hacia amables para con los hombres, y lo que os podia hacer agradables á la vista de Dios; y el que os busca en vosotros mismos ya no os halla: *Dissipavit, &c.*

Finalmente, los bienes de la naturaleza; estabais dotados de unos talentos felices; vuestra juventud anunciaba grandes esperanzas, y todos creían que habiais de seguir los pasos de vuestros mayores, y resucitar su nombre, su dignidad y su fama; aquellos primeros rasgos de las prendas que forman los grandes hombres daban ya mil señales lisonjeras, y abrian á vuestros parientes los mas remotos caminos de elevacion y de fortuna, pero la sensualidad acabó con todos esos talentos; un infame vicio sepultó esas grandes esperanzas; esos principios de gloria acabaron en infamia é ignominia; ese entendimiento tan superior, tan capáz de cosas grandes se ha envilecido, le habeis empleado en servir á vuestras pasiones, y en adelantar en los infames deleytes; vosotros, que sin esta pasion hubierais podido servir al estado, ser alivio de la patria, y aun honrar vuestro siglo, y servir de ornamento á nuestras historias, vivís confundidos con los demás ciudadanos, ocultando entre ellos las reliquias de un mérito ofuscado, sin sacar mas fruto de las ventajas con que os habia adornado la naturaleza, que dar motivo para que todos puedan decir de vosotros: hubiera sido otro hombre, si hubiera sabido vencerse á sí mismo. ¡Oh ciudad fiel! exclama un Profeta: tú que naciste adornada de tanta rectitud y equidad, ¿cómo has llegado á tanta infamia? En tí habitaba la justicia, y ahora no se hallan mas que delitos; la hermosura de tu plata se ha mudado en cieno, y la fuerza de tu vino ha degenerado en la floxedad del agua: *Dissipavit, &c.*

No quiero hablar de los bienes de la fortuna que se sepultan en este abismo. ¡Ah! Si registráramos la his-

toria de las familias, si fuéramos á ver el principio de su decadencia, si revolviéramos las cenizas de aquellos grandes nombres, cuyos títulos y riquezas han pasado á los estraños; si llegáramos hasta el primero de sus antepasados que dió el primer golpe á la fortuna de su posteridad; acaso halláramos el origen en esta infame pasión. Veríamos que los excesos de un lascivo eran la causa de las desgracias que padecen sus descendientes; y sin ir á buscar exemplares en los tiempos pasados, ¿quántas familias ilustres, ya casi olvidadas, están pagando hoy á vuestra vista los desordenes de este vicio? ¿Quántas casas medio aniquiladas ven todos los días acabarse con los desordenes y quebrantada salud de un deshonesto toda la esperanza de su posteridad, y toda la gloria de los títulos que una larga sucesion de siglos las habia adquirido, y que tanta sangre y trabajos habian costado á la virtud de sus mayores? *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriosè.* De este modo, ¡oh Dios mio! castigais á los pecadores con sus mismas pasiones, y delineaís en la decadencia de las cosas humanas, y en las desgracias y revoluciones sensibles de los títulos y fortunas, los eternos suplicios que preparais á las almas impuras.

Pero en tercer lugar; este infame vicio no solamente llega á ser castigo del pecador deshonesto, destruyendo en él los bienes de la naturaleza y de la gracia, sino que le castiga principalmente con las inquietudes y remordimientos que dexa en lo interior de su alma. Tercera propiedad del vicio de que hablamos, y tercera circunstancia de los desordenes del Pródigo. *Después que gastó sus bienes, continúa Jesu-Christo, sucedió una grande hambre en aquel país, y él mismo empezó tambien á padecer necesidad: Et ipse cepit egere.*

De este modo este vicio hace al pecador insufrible á sí mismo, por las inquietudes que dexa en una conciencia impura. Bien sé que la inquietud interior es pena de

de todos los pecados que matan al alma; que la culpa nunca halla sosiego, y que la region de la iniquidad siempre es un triste teatro del hambre, y de la mas funesta miseria. *Facta est fames valida in regione illa.* Pero en este vicio de que hablo hay yo no sé qué cosa tan opuesta á la excelencia de la razon, y á la dignidad de nuestra naturaleza, que hace que el pecador continuamente se esté reprehendiendo á sí mismo su propia flaqueza, y que se averguence en su interior de no poder sacudir el yugo que le oprime: Este vicio dexa en el corazón una tristeza que le consume, que le sigue á todas partes, y derrama una secreta amargura en todos sus placeres; el deleyte huye y pasa, pero la conciencia impura nunca puede huir de sí misma; el pecador se cansa de sus inquietudes, y no tiene valor para acabarlas; se disgusta de sí mismo, y no se atreve á mudar de vida; quisiera poder huir de su propio corazón, y le halla en todas partes; envidia la suerte de aquellos pecadores obstinados, á quienes ve tranquilos en la culpa; y no puede conseguir esta funesta tranquilidad; intenta sacudir el yugo de la fé, y al principio le causa mas horror este pensamiento que el mismo delito. Finalmente, los placeres de que goza solo son instantáneos y fugitivos, pero los crueles remordimientos forman el estado permanente de toda una vida pecaminosa.

En segundo lugar, es insufrible á sí mismo por los disgustos, las envidias, los furores, las violencias, los sustos y los funestos sucesos que son inseparables de esta pasión: ¿qué cosas no hay que temer por parte de la reputacion y la fama? Es preciso comprar el injusto deleyte á costa de las mas molestas precauciones, y si llega á faltar una, todo está perdido. Es preciso aguantar las conversaciones del público, y la murmuracion de los criados; sufrir el anto-

jo, las inconstancias, los desprecios, y aun acaso la perfidia del objeto que los cautiva; y mantener vuestras obligaciones, vuestras correspondencias, vuestras intenciones, los que siempre son incompatibles con vuestros placeres; sufrirse á sí mismo contra sí mismo. ¡Ah! En los principios de la pasión todo se manifiesta risueño y agradable; los primeros pasos que se dan en el camino de la iniquidad son sobre flores; los primeros excesos, de este vicio particularmente, ofuscan la razón, y no la dan lugar á que pueda conocer su miseria; las ideas que entonces se forman de la pasión todavía son nobles y lisonjeras; su estilo corresponde á estas ideas; á esta pasión llaman regularmente en el principio, elevación de pensamientos, bondad del corazón, discreción, honor, buena fé, distinción del mérito, y conformidad en las inclinaciones. Entonces todo lisonjea todavía á la vanidad. Pero sus resultados, dice el Espíritu Santo, siempre son amargas como el agenojo. Resfriada la pasión, conocido lo injusto del deleyte, entiblad los primeros afectos con la familiaridad y el largo uso, desengañada la vanidad con la infamia de la pasión, entonces empiezan las molestas inquietudes, las murmuraciones públicas, las disensiones domésticas, la ruina de los negocios, los atrasos de la fortuna, las sospechas, los zelos, los disgustos, las infidelidades, y los furores. ¿Qué otra cosa te queda entonces, alma infiel, más que las terribles reflexiones que haces acerca de ti misma? Un peso de amargura sobre tu corazón, una vergüenza interior de tu flaqueza, un pesar de no haber seguido otros consejos más prudentes, unas tristes reflexiones del sosiego, de la fama, y de la felicidad que podías prometerle en la obligación y en la inocencia; ¿has podido hasta ahora conseguir el vivir sosegado, y con una conciencia tran-

tranquila en la culpa? *Et ipse cepit egere.*
 En tercer lugar: es insufrible á sí mismo por los nuevos deseos que continuamente despierta este vicio en el corazón; de las cenizas de una pasión nace otra nueva; satisfecho un deseo, nace otro nuevo deseo; siempre está disgustado el pecador, sin estar nunca satisfecho. Es propiedad de esta infeliz pasión, dice el Apostol, el ser insaciable, *insaciabilis delicti*; no sabe poner límites á su infame deseo; los más monstruosos excesos no son capaces de satisfacer el furor de una alma impura; los más excesivos desordenes siempre dexan algo que desear al desorden de los sentidos; busca con ansia nuevos delitos en el mismo delito; forma, como el Pródigo, deseos más infames, que exceden á la misma infamia de las acciones: *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant.* Todo yugo es pesado, é insufrible; la molestia de las reflexiones, inseparable de la condicion humana, desagrada y fatiga; llega á tal extremo que envidia la suerte de las bestias. *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant.* Tiene por más feliz la suerte de estas, que la del hombre, porque nada se opone á su instinto brutal. El honor, la obligación, las reflexiones, ni el respeto humano jamás sirven de estorbo á sus placeres; porque una ciega inclinacion es la única obligación que los gobierna, y la sola ley que los guia. *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant.* Dios mio! ¿Es posible que un deseo tan impío, tan monstruoso, tan vergonzoso á toda la naturaleza, tan sacrilego en la boca de un Christiano que tiene la dicha de ser miembro de vuestro Hijo, haya de resonar todos los dias en los teatros infames, y servir de adorno á las impresiones que hace en el alma una poesía lasciva? ¡Oh Pueblo mio! dice el Señor, ¿quién

¿quién te ha embriagado con el vino de la fornicación? ¿quién ha mudado mi heredad en habitación de espíritus inmundos? ¿Y quién ha entregado á Jerusalén á todos los excesos de las Naciones?

En quarto lugar, es insufrible, si es lícito decirlo así, por las funestas consecuencias de sus desordenes, las que casi siempre le hacen pagar en un cuerpo cargado de dolores, la infamia de las pasiones de su juventud; le hacen pasar unos dias tristes y desgraciados, y sentir en todos los instantes de su vida el indigno uso que de ella ha hecho: *Et ipse cepit egere.*

Finalmente, no hay vicio que haga al pecador mas vil y despreciable á la vista de los demás hombres; última circunstancia de los excesos del Pródigo, y última propiedad de esta pasión. Cayó en una ruindad que no se puede leer sin horrorizarse. Pusose á servir á uno de los habitantes de aquel país: embióle éste á un cortijo á que guardase los puercos, y allí deseaba remediar su hambre con las bellotas que comian aquellos inmundos animales, y no había quien se las diese. ¡Qué imagen esta! ¡Y qué propia para representar toda la infamia y toda la indignidad del vicio de que hablamos!

Sí, Católicos, en vano ha dado el mundo nombres gloriosos á esta infame pasión: En vano una deplorable y necia costumbre ha procurado ennoblecerle con la pompa de los teatros, con el adorno de los espectáculos, con la fineza de las expresiones, y con todo el arte de una poesía lasciva. En vano prosituyen sus plumas y sus talentos los escritores profanos, haciendo infames apologías de este vicio. Las alabanzas que le tributan nada tienen de verdaderas, mas que las scenas en donde se publican; en los teatros fabulosos se representa como pasión de Heroes, y es la mayor flaqueza de las almas grandes; porque

en

en saliendo de allí, esto es, quando se considera la verdad y realidad de las cosas en la conducta regular de la vida, esta pasión es una vileza que afrenta al hombre, y al Christiano; es un borron que mancha las mas brillantes acciones, y una nube que obscurece la vida mas digna de aplausos: Es una baxeza, que lejos de hacernos semejantes á los Heroes, nos confunde con las bestias: y á la verdad, vosotros que segun parece haceis gala de ella delante de los hombres, ¿quisierais que se hiciesen públicas todas vuestras secretas flaquezas, todas las indignidades, todos los pasos, todos los necios pensamientos, todas las pueriles acciones en que os ha precipitado esta pasión, las que Dios ha visto claramente, y que hará patentes su justicia en el dia de sus venganzas? ¿Gustaríais de que aquella parte de vuestra vida, tan oculta, tan infame, tan diferente de lo que parece á la vista de los hombres, se hiciese tan pública y conocida como ciertas acciones de honor, con las que acaso os habeis grangeado la estimacion pública, y la fama que durará por todos los siglos? ¡Oh hombre! Tus pasiones siempre te están engañando á tí mismo: verdaderamente, Católicos, el mismo mundo, este mundo tan corrompido respeta el pudor, cubre con una eterna ignominia á los que le abandonan, se burla y murmura de ellos, les dá á conocer con su olvido y sus desprecios lo indigno de su conducta; es decir, que no obstante el puesto que ocupáis en el mundo, todos os desprecian en su interior, os despojan de aquel nacimiento, de aquellos títulos, de aquel esplendor de que estais rodeados; solamente vén en vosotros á vosotros mismos, esto es, la infamia de vuestras inclinaciones. Quanto mas ensalzados os hallais, mas os abaten, mas se habla de vuestras flaquezas, y acaso se perpetúan para todos los siglos en los públicos anales; y vuestra ignominia se aumenta á

proporcion de vüestra fama. *Secundum gloriam ejus, multiplicata est ignominia ejus.* (a) Pero el alma entregada á los désórdenes no vé esta confusion, no conoce la vergüenza, dice el Espiritu Santo, no repara en el nacimiento, en el carácter, en la dignidad, ni en el sexó; nada sirve de freno á una alma entregada á esta deplorable pasion; por todo atropella sin detenerse; la avisa lo sagrado de su carácter, pero no importa; vé que en el puesto en que se halla todo es reparado, pero no hace caso; que su mismo trage anuncia virtud, é inspira continencia; pero nó se vé á sí misma; que en su sexó solamente la sospecha es una mancha, y que todo su mérito consiste en el pudór, pero quiere constituirle en la disolucion; que el público murmura, pero aun habla mas alto la pasion; que el esposo clama; y que la disension doméstica será muy presto asunto de las públicas conversaciones; pero para una persona poseida de esta infeliz pasion no hay mas mundo que el infame objeto que se la inspira; en nada estima todo lo demás de la tierra; nada vé de quanto sucede en el mundo solo vive para su pasion; y no vé mas objeto que ella, como si no hubiera en el mundo otra cosa mas que el infeliz objeto que la abrasa. Abre los ojos alma infiel; atiende á que todos te están mirando; que tus pasiones son la fabula pública; que tu nombre representa en todas partes la imagen de tu oprobio; contempla por un oinstante el papel que haces en el mundo: *Et missit illum in villam, ut pasceret porcos.*

Ved aquí, Católicos, los désórdenes del pecador de nuestra parábola, y las funestas conseqüencias de un vicio, hasta cuyo nombre prohibia en otro tiempo

(a) 2. Mach. 1. v. 42.

San Pablo á los Christianos, y el que con mas razon jamás debierais oirnos á nosotros en este santo lugar, en el que continuamente se ofrece el Cordero sin mancha, y en estos christianos pulpitos destinados á anunciaros la casta ley del Señor, y las palabras de la vida eterna. Ah! en aquellos felices tiempos, que aun tenía sus Mártires la castidad, en que los Tiranos se creían castigar mas rigurosamente á las Virgenes Christianas con la pérdida de esta virtud, que con la de su vida; en aquellos felices tiempos, los pulpitos christianos solamente estaban destinados á hacer elogios de la castidad; los primeros Pastores, los Cyprianos, los Ambrosios, los Agustinos, solo se ocupaban en las asambleas de los fieles en animar á las Virgenes inocentes, manifestandolas la excelencia y las utilidades de su estado; y en los preciosos monumentos de su zelo y de su ciencia, que se han conservado hasta nuestros tiempos, se hallan mas elogios de la virginidad, que invectivas contra los deshonestos, fornicarios, y adúlteros, que entonces eran muy raros entre los fieles. Pero hoy, que este vicio ha inficionado todas las edades, todos los sexós, y todos los estados; hoy, que ha borrado en todo el christianismo aquellos primeros rasgos de pudór, que distinguian á nuestros padres de las naciones corrompidas y perversas; hoy finalmente que la pública libertad; y la fuerza de el mal exemplo pretenden quitarle hasta la infamia que le habia quedado. Ah! nos es preciso levantar la voz; es preciso que no nos avergoncemos de prohibiros lo que vosotros casi os preciais de permitir; y que os digamos con la santa libertad de nuestro ministerio, que Dios ha de perder eternamente al que mancha y profana su Templo en su propio cuerpo. Estas son las amarguras, la indignidad, la servitud.

dumbre, el oprobrio, los furioses, y las inquietudes que trae consigo esta pasion, aun en esta vida: No quiero hablar del fuego eterno que la está preparado en la otra, porque mas quiero proponeros sus remedios que sus castigos, y haceros ver en la conversion del Pródigo hacia el Padre de familias los medios, los motivos, y la imagen de un verdadero penitente.

SEGUNDA PARTE.

NO basta el haberos explicado en los excesos de el Hijo Pródigo la imagen de los desórdenes, y desgracias de un pecador lascivo; es necesario proponeros tambien en su conversion el modelo y los consuelos de su penitencia. A la verdad, Católicos, al volver á la casa de su padre halla en ella quanto habia perdido en sus desórdenes; su arrepentimiento repara todas las resultas de sus excesos, y los mismos pasos que habia dado para seguir los caminos injustos, vienen á ser como el modelo de los que dá para salir de ellos. Sigamos la historia de nuestro Evangelio, y vamos reparando en todas estas circunstancias.

El primer efecto de su deplorable pasion habia sido el poner como un abismo entré él y la gracia, con las tinieblas con que habia ofuscado su entendimiento; con el fatal disgusto que le habia infundido para las cosas del cielo, y con la esclavitud de los sentidos al imperio de la sensualidad. *Peragra profectus est in regionem longinquam.* Pero el primer paso de su penitencia aparta todos estos obstáculos.

Primeramente; su penitencia le abre los ojos para que vea el vergonzoso estado á que le habia reducido la pasion, *in se autem reversus.* El encanto que le cegaba se deshace de repente, se asusta al verse á sí

mis-

mismo cubierto de oprobrio, confundido con los mas viles animales, participando de sus deleytes y de su sustento: Entonces se desvanecen todas las falsas y alhagüenas ideas con que se habia representado su pasion, aquella falsa constancia, aquella bondad de corazon, aquella nobleza de pensamientos, aquel afecto que nace con nosotros, aquel inevitable destino de nuestras inclinaciones; estas expresiones vanas con que la corrupcion procura cubrir la vergüenza del vicio, todas mudaron de nombre á su vista, y solo vé su infame ceguedad, la depravacion de un corazon entregado por la justicia de Dios á sus propios deseos, y una vileza que le llena de confusion; ya no se mira sino como el desprecio de su pueblo, vergüenza de la religion, oprobrio de la humanidad, y como un monstruo á quien solamente debiera mirar el Padre celestial para castigarle, y sepultar en el abismo su persona y su ignominia: *In se autem reversus.*

Entonces el pecador movido, y ya iluminado, se acuerda con unas lágrimas de compuncion, que empiezan á caer de sus ojos, de aquella primera estacion de su vida, quando aún se hallaba inocente, quando educado á la vista del Padre de familias, gustaba del regalo y abundancia de su casa; compara el candor y tranquilidad de sus primeras costumbres con los pesares y amarguras de las pasiones que las sucedieron, vé que solamente han sido felices en su vida aquellos primeros años, en que su corazon, tranquilo, é inocente no habia experimentado las crueles turbaciones é inquietudes de las conexiones profanas; que entonces sus alegrías eran puras, sus deseos arreglados y tranquilos, sus costumbres rectas y sosegadas; que con aquellas impuras centellitas que encendieron su corazon le vinieron todas las desgracias, y que desde aquel fatal instante todos sus dias han sido señalados con funestos pesares; su vida siempre ha sido agitada,

é

é inquieta, y aun sus deleytes tristes y funestos: *In se autem reversus.*

En segundo lugar; disipadas sus tinieblas, aquel fatal disgusto que tenia á las cosas del cielo se muda en un santo deseo de virtud y de justicia: *¡Quántos criados en la casa de mi padre tienen pan con abundancia, y yo aquí muero de hambre!* Quando en otro tiempo la sola idea de la regla y de la virtud le hacia temblar, le molestaba la presencia de los justos, y no podia sufrir el vér la casa del Padre de familias, ahora empieza á envidiar la suerte de sus criados, y de aquellas almas fieles que le sirven; y comparandola á la suya, compara la abundancia de aquellos al hambre que le aflige, la decencia de su estado al oprobrio del suyo, su tranquilidad con sus inquietudes, la estimacion en que viven entre los hombres á la vergonzosa infamia en que él ha caído. Quanto mas exâmina la condicion de los justos, mas insufrible le parece su estado. ¿Es posible, se dice á sí mismo, que quando tantas almas fieles gozan de las utilidades de la casa de mi Padre, de los socorros de la religion, de los interiores consuelos de la gracia, y aun de la estimacion de los hombres; que comiendo ellos el pan de los hijos, y teniendo esperanza de no ser excluidos de la herencia, yo me he de vér aqui hecho presa de las infames pasiones, disgustado, consumido, tiranizado por mi propio corazon, viviendo sin consuelo, y aun sin honor para con los hombres? ¡Ah! ¿Hasta cuándo esta injusta flaqueza se ha de oponer á mi sosiego, á mis talentos, á mis verdaderos intereses, y á mi eterno destino? *¡Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo!*

De este modo, Católicos, nuestro feliz penitente quiere entrar al instante en la compañía de los justos, y aumentar el número de los siervos del Padre de fa-
mi-

mias: *Fac me sicut unum de mercenariis tuis.* No se contenta con simples deseos de imitarlos, como sucede todos los dias en el mundo, respecto de aquellas personas cuya virtud nos vemos obligados á respetar: No se contenta con decir que ellos han escogido la mejor parte, que solamente aquello es lo verdadero, que es felicidad el serlos semejantes, que todo lo demás nada vale, y que no pierde las esperanzas de imitar algun dia su exemplo. Vanos discursos, ¡oh Dios mio! con que nos engañamos á nosotros mismos, y que solamente sirven de calmar en nosotros los secretos rémor-dimientos de una conciencia delinqüente.

Nuestro Pródigo arrepentido no espera á mas adelante. No alaba la virtud con la vana esperanza de seguir algun dia sus santas reglas. No pondera las desgracias de una vida pecaminosa, persuadiendose á sí mismo que algun dia saldrá de ella. El verdadero dolor es tardo en hablar y pronto en executar; conoce que aquel instante es para él el instante de eterna salud: Combatido de aquellas inquietudes que dividen el corazon quando está para mudarse, de aquella agitacion de pensamientos con que se defiende y se acusa, buscando las tinieblas y la soledad para entregarse á ellos mas libremente, derramando arroyos de lágrimas, no siendo ya dueño de su dolor, baxando los ojos de vergüenza, sin atreverse á mirar al cielo, de donde no obstante espera su salud y libertad; ¿pues qué tardo, dice con una voz mezclada de suspiros? ¿qué es lo que aun me detiene en los vergonzosos lazos que respeto? ¿Los placeres? ¡Ah! ya ha mucho tiempo que no los gozo, y mis dias están llenos de enojo y amargura. ¿Las conexiones profanas, y la constancia que mil veces he prometido? ¿Pero acaso era mio mi corazon, para poder disponer de él? ¿Y por qué he de querer ser yo fiel con unas criaturas que nunca lo han sido conmigo? El ruido que hará en el mundo
mi

mi conversion? Pero con tal que Dios la apruebe, ¿qué me importa lo que digan los hombres? ¿No será razon que sean testigos de mi penitencia todos los que lo han sido de mis escandalos? Por otra parte, ¿qué puedo yo temer del público, despues del desprecio y vergüenza que me he adquirido con mis desórdenes? ¿La incertidumbre del perdon? ¡Ah! tengo un Padre compasivo y misericordioso, no desea mas de que su hijo vuelva á su casa, y al verme se despertará todo su amor.

Voy, pues, á levantarme: *surgam*; procuraré vencer la vergüenza y mi propia flaqueza que me detienen: iré á su santa casa, donde siempre está dispuesto para recibir y escuchar á los pecadores: *ibo ad Patrem*. Es verdad que yo soy un hijo ingrato, rebelde, desnaturalizado, indigno de su nombre, pero todavia es mi Padre, *ibo ad Patrem*; iré, y derramaré á sus pies toda la amargura de mi alma, y allí, dexando hablar á mi dolor, le diré: *Padre mio, pequé contra el cielo, y en presencia vuestra*. Contra el cielo, con los escandalos y públicos desórdenes de mi vida; contra el cielo, con los discursos de impiedad y libertinage que yo me formaba para sosegarme y afianzarme en la culpa; contra el cielo, porque como un vil animal nunca levanté los ojos para mirarle, ni para acordarme que allí estaba mi patria y mi origen; contra el cielo, por el infame abuso que he hecho de su luz, y de los dias de que se ha compuesto mi vida triste y culpable: *Peccavi in Caelum*: Pero lo que se ha visto de mis desórdenes ha sido la parte menos infame de ellos; los delitos de que vos solo habeis sido testigo merecen mucho mas vuestra indignacion. He pecado en vuestra presencia: *Peccavi in Caelum, & coram te*. En vuestra presencia con tantas obras de tinieblas, que han sido patentes á vuestros ojos invisibles, con las mas infames circunstancias, con cuya memoria tiemblo y me confundo: En vuestra presencia, por el indigno uso que he hecho de los dones y talentos con que me habeis favorecido: En vuestra presencia, final-

almente, despreciando tantos interiores auxilios con que me habeis socorrido desde mi infancia; y habiendo sido para mí el mejor de todos los padres, yo he sido para Vos el mas desnaturalizado de todos los hijos: *Peccavi in Caelum, & coram te*.

¡Qué mudanza, y qué exemplo de tanto consuelo para los pecadores! La gracia abunda en donde habia abundado el pecado. Parece ¡oh Dios mio! que gustais de ser particularmente Padre de los ingratos, bienhechor de los culpados, Dios de los pecadores, y consuelo de los penitentes; y como si todos los gloriosos títulos con que se explica vuestra grandeza y poder no fueran dignos de Vos, quereis ser llamado *el Padre de misericordias*, y *el Dios de todo consuelo*. (a) No, amados oyentes míos, no se acobarde vuestra confianza con el exceso de vuestras iniquidades; el Celestial Médico gusta de curar los males mas desesperados, y los mayores pecadores acreditan mas su piedad y su misericordia; sin duda que el haber permitido que cayeseis en ese abismo, y que nada faltase á vuestras desgracias, fue para que resplandeciese mas en vosotros el poder y las riquezas de su gracia. ¿Por ventura no se manifiesta mas grande quando saca á Jonás de lo profundo del abismo, que quando no hace mas que sostener á Pedro que empezaba á hundirse en las aguas? Si vuestros pecados han llegado al mayor exceso, ¡ah! acaso ese es el momento de su gracia, acaso la misericordia de Dios tiene señalado el primer instante de sus favores para el último de vuestros delitos; lo que mas debe temerse en nuestros males es la desconfianza del remedio. Pero si no es suficiente para moveros el perdon que el Padre de familias concedió al Pródigo de nuestro Evangelio, á lo menos acaben de vencer vues-

(a) I. Corinth. 1. ca. 8.
 Tomo IV. Z

tra resistencia los consuelos que acompañan á su arrepentimiento.

Sí, Católicos, esta es la tercera circunstancia de la conversion de nuestro feliz penitente. Los frutos de la iniquidad habian sido para él amargos como el agenjo, y los primeros pasos de su penitencia están acompañados de mil consuelos.

Primeramente, le sirven de consuelo las facilidades que halla en la santa empresa de su conversion. Apenas vé el Padre de familias desde lejos á su hijo, quando viendole flaco, extenuado, inquieto, y casi sin poderse tener, corre á él; corre, dice San Ambrosio, y vá apresurado á sostenerle, temiendo que encuentre en el camino algun obstáculo que le detenga: *Accurrit ne quis impediatur*. Poco necesita un pecador en el principio de su carrera para detenerse; se halla como un hombre que por mucho tiempo ha padecido los golpes de las olas y de la borrasca, y quando se levanta está aturdido, y sin poderse tener en pie, si alguna mano caritativa no le socorre para que no cayga; una ocasion, un disgusto, un obstáculo, qualquiera cosa es capaz entonces de apagar en una alma las primeras operaciones de la gracia; el mismo demonio, mas atento entonces que nunca á que no se le escape la presa de las manos, esparce mil nubes sobre su espíritu, y presenta á una alma movida al arrepentimiento unas dificultades insuperables en su empresa; la representa dificultades por parte del mundo, con el que aun quisiera guardar respetos; dificultades por parte de sus pretensiones, y de sus esperanzas humanas, las que teme perder, ó atrasar; dificultades por parte de sus conexiones, de sus parientes, de sus amigos, de su clase, de su nacimiento, de sus empleos, las que son otras tantas fantasmas que la representa el demonio como verdades, aumentandolas y pintandolas con mucha viveza en la imaginacion, y representandolas continuamente á el alma tímida que no

acaba de resolverse: De modo que vacilando muchas veces entre sus temores y sus buenos deseos, entre sus resoluciones y sus desconfianzas, entre sus antiguos errores y sus nuevas luces, suele detenerse, delibera, se desanima, vuelve atrás, y despues de haber echado por mucho tiempo la cuenta de los gastos, y de sus fuerzas, segun la frase del Evangelio, no pasó mas adelante, y no llega á poner ni aun la primera piedra del edificio.

¿Pero qué hace entonces el cuidadoso amor del Padre de familias? Corre hácia donde está su hijo, se dá prisa á sostenerle, le asegura contra sus temores, y contra su propia flaqueza, calma sus inquietudes, y disipa sus nubes: *Accurrit ne quis impediatur*. Aun no se contenta con esto. Junta mil circunstancias para facilitarle el camino, aparta los obstáculos en que pudiera tropezar su flaqueza, destruye los proyectos que pudieran exponerle á nuevos peligros, proporciona los sucesos de modo que le sirvan de nuevas facilidades para romper sus cadenas: *Accurrit ne quis impediatur*. Todo parece que ayuda á esta alma movida á el arrepentimiento, todo la sostiene, todo la favorece, se allanan como con un repentino encanto aquellas montañas que la parecia ver delante de sí, y que nunca las podria atravesar, y aquellas dificultades tan temibles se desvanecen; quanto mas adelanta mas fácil se le hace el camino, y los mismos obstáculos que la asustan le sirven de facilidad para su penitencia: *Accurrit ne quis impediatur*.

En segundo lugar, le sirven de consuelo las secretas dulzuras que halla en los primeros pasos de una nueva vida. No se contenta el Padre de familias con correr hácia donde está su hijo, sino que se arroja á su cuello, le abraza, y le besa, apenas basta su corazón para contener todo su paternal amor: *Cecidit super collum ejus, & osculatus est eum*. Halla el hijo que habia perdido: *Perierat, & inventus est*. Es verdad que le halla sucio, asqueroso, desgarrado, y esto que debiera ser motivo de encender

mas su ira, solo sirve de avivar su amor; vé en él sus desgracias, y no sus delitos: *Perierat, & inventus est.* No se ha olvidado de que era un hijo ingrato y rebelde; pero esta misma memoria es la que mas le mueve; vé revivir un hijo que para él estaba muerto, y halla lo que habia perdido: *Cecidit super collum ejus, & osculatus est eum.* Imagen tierna y consoladora de la alegría que causa en el cielo la conversion de un solo pecador, y de los interiores consuelos que Dios hace experimentar al alma en los principios de su conversion: *Cecidit super collum ejus, & osculatus est eum.* ¡Oh paternal clemencia! ¡Oh fuente inagotable de bondad! ¡Oh misericordia de mi Dios! ¿Qué utilidad sacais de la salvacion de la criatura?

En tercer lugar, la sirve de consuelo la participacion de sus santos Misterios, de que por tanto tiempo habia vivido privada por sus desordenes. El Padre de familias manda matar un gordo cabrito, convida á su hijo convertido á este celestial convite, y le alimenta con la vianda de los escogidos: *Adducite vitulum saginatum, manducemus, & epulemur.* Despues de haber vivido tantos años sin Dios, sin religion, sin esperanza, separado del Altar y de los Sacrificios, excluido como un anatema de la Congregacion Santa, de la sociedad de los justos, y de todos los consuelos de la fé; ¡qué gozo se experimenta en hallarse al pie del Altar santo en compañía de sus hermanos, en ser sustentado con el mismo pan, mantenido con la misma vianda, esperando las mismas promesas, socorrido con sus oraciones, fortalecido con sus exemplos, animado con la harmonía de los santos cánticos que acompañan la solemnidad y la alegría de aquel divino banquete! *Et cum veniret, audivit Symphoniam, & chorum.* ¡Alma feliz! ¿Echas menos entonces los infames placeres de que acaba de disgustarte la gracia? ¿Vés por ventura en el mundo, en donde pasaste unos dias tan llenos de amargura, alguna cosa que te pueda volver á aficionar á él, que te parezca digna de tu co-

razon? Un solo dia en la casa del Señor al pie del Altar santo, ¿no es para tí de mas consuelo que años enteros pasados en los placeres, y en las concurrencias de los pecadores?

Finalmente, la última circunstancia de los desordenes del Pródigo fue el desprecio y vileza en que llegó á caer; y el honor y la gloria son el último privilegio de su penitencia; se le vuelve á poner en posesion de los antiguos derechos que habia perdido; le ponen un vestido de dignidad y de inocencia, y en su dedo una señal de poder y autoridad; se le prefiere á su hermano mayor; es decir, que la virtud hace que se olvide la locura y el desprecio que habia en nuestras pasiones; ó por mejor decir, nadie se acuerda de ellas sino para dar mas estimacion á las virtudes que las han sucedido; muda en estimacion y respeto el desprecio que nos habian grangeado nuestros vicios; nos restablece en todos los derechos de nuestro nacimiento, de nuestros títulos, y de nuestras dignidades, que estaban envilecidas con nuestras disoluciones; nos saca del cieno y de la obscuridad de los desordenes, para restituirnos á las funciones públicas; nos aparta de la compañía infame y vergonzosa de los hombres viles y disolutos, para reunirnos á los hombres prudentes é ilustres de nuestra clase y de nuestro estado; en una palabra, quando antes eramos, como el Pródigo, oprobrio del cielo y de la tierra, nos hace alegría de los justos, consuelo de los Pastores, gloria de la religion, admiracion de los mismos mundanos, y un espectáculo digno de los Angeles y de los hombres.

Pues qué mas se necesita, amados oyentes míos, para animaros á seguir este exemplo. Ha tanto tiempo que como el Pródigo andais descaminados por regiones extrañas, entregados á la infamia, y al oprobrio de vuestras pasiones, ¿por qué habeis de reusar el arrojaros al Seno que hoy os abre el Padre celestial con tanta mi-

sericordia? Os ha sufrido los excesos de vuestra desreglada juventud, se prometia que pasados aquellos primeros desórdenes, la edad, la experiencia, y la gracia moverian por último vuestro corazon; ya ha llegado este tiempo, ¿pues qué esperais para volveros á él? Los primeros desórdenes de vuestra vida pudieron hallar escusa en la fuerza de las pasiones, y en la licencia de la edad, pero ahora ¿qué escusa podeis tener? Veis que se pasan los años, que huye la mejor estacion de vuestra vida, que se acaba la juventud, que se os desfigura el rostro, y que todas las cosas con su mudanza os están continuamente avisando que ya es tiempo de que tambien vosotros os mudeis; cada dia os disgusta mas el mundo, porque cada dia sois vosotros menos á propósito para él; veis que todo lo que os rodea ó os enfada por lo mucho que lo habeis usado, ó apartandose poco á poco de vosotros, os dá á conocer que no debeis contar con un mundo en el que no servís mas que de incomodar, y que es locura el correr tras lo que huye de vosotros, y obstinaros en huir de un Dios que os busca, ¿pues qué podeis esperar?

Y en la realidad, ¿qué infeliz es vuestra vida! sin fé, sin religion, sin el consuelo de los Sacramentos, sin poder volveros á Dios en vuestras oraciones, sin ninguna verdadera alegría en el corazon, cansados de los placeres que aun buscáis, enfadados de un mundo en el que lleváis arrastrando el peso de vuestros disgustos, y de vuestras culpas. ¿Pues qué esperais para acabar vuestras penas y vuestras desgracias con vuestros desórdenes? Los Santos Misterios que se acercan, el tiempo de propiciación en que nos hallamos, toda la Iglesia que está ocupada en la conversión de los pecadores, la voz de sus Ministros que en todas partes os exorta á penitencia, vosotros mismos que os hallais movidos y excitados con todo este aparato de religion, ¿á qué esperais? ¿Habeis de llegar con vuestras impurezas y con vuestra

ig-

ignominia hasta el festin de la Pasqua, y hasta la solemnidad de la Resurreccion? ¿Habeis de permanecer Anathemas en medio de vuestros hermanos, separados del Altar y de los Sacrificios, mientras que ellos participan todos del ázimo sagrado, y celebran el dia del Señor.

¡Qué alegría para vosotros, amados oyentes míos, si movidos hoy de compuncion, si tomando al salir de aqui unas sólidas medidas de penitencia, si encaminándoos á algun hombre de Dios, á cuyos pies pongais ese peso de iniquidad que os oprime, os vemos sentados á la mesa del Padre celestial en los dias solemnes que esperamos! ¿Qué alegría si le oímos decir: *Mi hijo estaba muerto, y ha resucitado; se habia perdido, y acaba de parecer!* ¿Qué divinos consuelos experimentará entonces vuestra alma! Los Espiritus que están al rededor del Trono de Dios solemnizarán este feliz dia con Cánticos Celestiales: Los Santos que habitan en la tierra bendecirán las riquezas de la Divina Misericordia; aun los mismos pecadores admirarán vuestra mudanza, y seguirán el exemplo de vuestra penitencia. Ojalá os movierais, amados oyentes míos, con unos motivos tan poderosos; y Vos, ¡oh Dios mio! haced que no sean vanos mis deseos; oíd las ansias de mi corazon y mis ardientes votos por la salvacion de mis hermanos, y derramad sobre los pecadores que me oyen un espiritu de compuncion, para que saliendo de sus desórdenes os hallen dispuesto á recibirlos en el seno de vuestra gloria, y de vuestra inmortalidad. Amen.

SER-